solo en virtud de la fé católica puede el hombre convertirse de un golpe de vaso de ira en vaso de eleccion, en apóstol, en santo.

Concluyamos este capítulo refiriendo un milagro obrado por Dios en este tiempo por intersecion de su fiel siervo San Pedro Bautista; y es como sigue: Cosme Yoya, cristiano japon, como varias veces se ha dicho, insigne bienhechor de los franciscanos, tenia una hija, cubierta toda de cabeza á piés de inmunda lepra. Sucedió pues, que un dia de Pentecostés se hallara en su casa con otros varios cristianos el santo comisario, quien movido á piedad de aquella miserable, y deseando verla sana, dirijió fervorosos ruegos al Señor. Llamóla en seguida, y haciendo sobre su cabeza la señal de cruz, recobró en un momento la salud, como si ningun mal hubiese antes tenido. A tal prodigio, todos los concurrentes alabaron el poder de la fé católica, pero especialmente cuando Pedro Bautista los bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apareciendo visiblemente sobre la cabeza de cada uno de ellos una lengua de fuego, de la misma manera que á los apóstoles cuando en un dia igual se hallaban congregados en Jerusalem. Y que tal prodigio obrase Dios en señal de que todos le eran amados, se conoció muy pronto; porque sobrevenida la persecucion, ó murieron todos mártires por Jesucristo junto con los franciscanos, ó padecieron por su fé prisiones y destierro.

CAPITULO X.

Persecuciones y victorias de los franciscanos.

La isla de Chiu-siu muy grande entre todaslas demas del Japon, despues del Nifon, de la que está separada por medio un canal apenas largo de cuatro millas de la punta de Ximonosequi á la de Kokuta, se halla colocada al Sud-Oeste del imperio, rodeada de muchas islas menores, de las que son las principales: Firando, donde la vez primera arribaron los apóstoles franciscanos. Amacusa desde la cual escribieron los cristianos hácia el año de 1590, como hemos dicho, al santo Fr. Gonzalo Gar-

cia residente entonces en Manila. Esa isla fertilísima en su terreno y circundada de inumerables golfos, senos y bahias á la que los antiguos llamaron tambien Ximol ó Ximoa, no solamente es de las mas bellas y pintorescas del Asia; sino ademas rica por hermosas, grandes y muy pobladas ciudades, entre las cuales es importantísima la de Nagasachi sobre la costa occidental al frente de la de Corea, y propiamente en la península formada al Sur de la bahia de Omura y al Oeste de la que toma nombre de la misma ciudad, distante doscientas leguas de Yedo. Divídese en dos partes desiguales, una llamada interior, que comprende 26 calles, y esterior la otra, nombrada tambien *Cosmatz* que tiene mas de 60, angostas todas y torcidas, pero adornadas por diversas partes de grandes y bellos edificios. De los campos vecinos bajan muchos riachuelos hasta tocar sus muros, y aun inundarla con frecuencia por la abundancia de sus aguas. Sus templos en número de 62, se elevan sobre amenas y deliciosas alturas, y no solo están dedicados á los diversos cultos del Japon, sino tambien á lugares de recreo y placeres de la poblacion. Nagasachi se encuentra muy fortificada y es el solo punto del imperio donde se permite el comercio europeo. Su puerto formado de la bahia que da nombre á la ciudad es de los mas hermosos y pintorescos del Japon, de excelente anclage y muy bien defendido de los vientos, aunque acaso tiene como tres y media leguas de longitud. Así como en los pasados tiempos, á solo los portugueses, entre todos los países extrangeros era permitido arribar para el comercio, así despues se concedió á los holandeses con el mismo fin; pero relegándolos al Oeste de la ciudad, en la isla artificial de Desima, que comunica con Nagasachi por un puente muy estrecho y bien resguardado por tropa. Dificil cosa es fijar el número de sus habitantes dándole algunos 70, otros 100, y varios solo 30,000. De todos modos, es indudable haber sido Nagasachi una de las mas importantes poblaciones del Japon desde tiempos muy remotos, teniendo hasta hoy el título de ciudad imperial, elevada despues por el inmortal Pontifice Sixto V á la dignidad de Iglesia catedral, pero sujeta al arzobispado de Goa. Y baste esto, por lo tocante á esta ciudad, de la que hemos querido decir algo, no solo porque pronto la haremos ver nuevo teatro de los trabajos apostólicos de los misioneros franciscanos, pero mucho mas por la razon de que cumpliendo allí la carrera de sus glorio

sos combates, deberán derramar su propia sangre sobre el árbol de la cruz, muriendo mártires en solemne testimonio de la fé de Cristo.

Anudando pues el hilo de la historia, debe saberse, que los cristianos de Nagasachi, sobre todo los portugueses, que en gran número residian allí en razon de su comercio desde el año 1594, oyendo el gran bien que los franciscanos estaban haciendo en Meaco, dirigieron cartas á Pedro Bautista, para que pasando el estrecho que separa á Nifon de la isla de Chu-Siu, fuese á prestarles axilio en sus necesidades espirituales. Ninguna cosa del mundo podia ser tan grata al corazon del santo comisario como esta invitacion de los cristianos; los cuales, verdaderamente se hallaban en sumas angustias, no teniendo otros ministros de la religion que tres ó cuatro misioneros de la Campañía de Jesus, que aunque muy laboriosos, no podian con todo auxiliar á tantos cristianos. Por lo mismo, San Pedro Bautista, lleno el corazon de bellas esperanzas por los nuevos hijos que acudian bajo la bandera del patriarca de los pobres, y deseoso de extender cada dia mas el reino de Jesucristo en las tierras del Japon, dejando á Meaco se puso en camino para Nagasachi á fines del mismo año en compañia del Beato Padre Fray Gerónimo de Jesus. Llegado por tanto allí despues de un largo y peligroso viaje por tierra y mar, y recibido en el puerto con extraordinarias muestras de alegria por los cristianos, se fué á morar á la casa de los misioneros jesuitas, donde permaneció veinte dias. Pasados estos, San Pedro Bautista, recibida la licencia del gobernador llamado Teraraba, se pasó á habitar junto con su fiel compañero Gerónimo á una ermita fuera de la ciudad, donde solian alojarse los pobres, cerca de la cual habia una capilla solitaria con el título de San Lázaro; donde con inmensa satisfaccion tanto de los cristianos como de los gentiles, comenzó desde luego á ejercitar los divinos oficios, celebrar misa, escuhar confesiones y administrar otros sacramentos. Así es, que en la cuaresma de 1595 predicó fray Gerónimo de Jesus, que siendo nativo de Portugal, es indecible referir los frutos saludables que consiguieron con sus pláticas los mercaderes de aquella nacion. En suma, estos dos apóstoles franciscanos, benditos de Dios y de los hombres, obraron en breve tiempo en Nagasachi aquellos mismos prodigios de caridad religiosa y social, que fueron vistos con general sorpresa en la ciudad de Meaco; Valiéndose de las muchas y amplias limosnas que les eran ofrecidas por

los cristianos; así indígenas como europeos las emplearon en socorrer las necesidades de los pobres y muchos de aquellos que se habian acogido en la dicha ermita, encontraron allí la amorosa asistencia que en vano habian implorado de los bonzos. Creciendo por lo mismo cada dia mas el aprecio del pueblo los misioneros, Pedro Bautista, despues de tres meses de morar en la dicha casa de S. Lázaro, con objeto de auxiliar mejor á la cristiandad de Nagasachi, que con tan bellos y consoladores auspicios comenzaba á recobrar su antiguo esplendor, con acuerdo de los principales cristianos, se determinó á fundar dentro de la ciudad, una nueva iglesia y convento de su órden. Pero en esta vez quiso Dios probar su heroica y admirable costancia con una terrible persecucion, suscitada en su contra por la ira de los bonzos.

Es indudable que en aquel tiempo podian los franciscanos no solo habitar libremente en cualquier lugar del Japon, sino tambien fundar conventos, erijir iglesias y predicar la fé de Cristo, en virtud de las amplias concesiones del emperador Taicosama, como vamos á verlo; y segun de ellos dió testimonio San Pedro Bautista. Sin embargo, los irritados sacerdotes de Budda, se acercaron al gobernador de la ciudad, amenazándole altamente que de no arrojar de allí á los frailes de Luzon, lo acusarian al Emperador de que en vez de defender las leyes patrias y los dioses del Japon, favorecia su envilecimiento permitiendo la predicacion de cultos estraños. Terazaba tembló á tal amenaza, y sin mas, decretó que los franciscanos, dejada la ermita de San Lazaro, partiesen al punto de Nagasachi. A tan funesta intimacion derramó lágrimas San Pedro Bautista, pero no decayó de ánimo. Habiendo consolado á Fr. Gerónimo de Jesus, no menos que él atribulado, se presentó al gobernador de quien, obtenida la licencia de hablar, comenzó á decirle así:

"Sabed, Señor, que llegado yo al Japon como embajador del virrey de Luzon, fuí reconocido por tal de vuestro emperador Taicosama; quien concluida la paz con las Filipinas, no solo me recibió con muestras de extraordinaria alegría, sino proveyéndome de cuanto yo y mis religiosos necesitabamos para pasar la vida, me dió amplio permiso para que pudiese dirigirme á vivir á cualquiera lugar de su imperio. Y por esto he venido á Nagasachi para edificar convento de mi órden, tanto mas necesario aquí, no solo para el auxilio de los enfermos y cristianos, sino tambien al buen

desempeño de mi oficio de embajador de Luzon, pudiéndose de esta ciudad recibir y despachar prontamente cartas á Manila. Mas si no me creis por no poderos mostrar por escrito tal licencia, bien podeis sobre esto preguntar á cuantos os agrade, y sobre todo, al mismo Guenifoin, Gobernador de Miaco, que juntamente con los demas ministros de estado y grandes de la corte, fué testigo de las concesiones que se me hicieron de habitar junto con mis religiosos en cualquiera parte del Japon. Ni creais tampoco que predicar la fé de Cristo pueda de ningun modo desagradar al emperador, que al contrario dió muestras de contentarse de ello cuando ejercitábamos estos oficios en su misma corte. Sabed tambien que el mismo Taicosama nos donó un sitio dentro de Meaco, para que levantásemos convento é iglesias, como en realidad lo hicimos, ayudados por el mismo con grandes limosnas para esa fábrica; en la cual, habiendo nosotros celebrado públicamente los divinos oficios, predicado á cristianos y gentiles nuestra santa religion, casi á la misma presencia del emperador, jamas nos lo reprobó, sino siempre nos vió benignamente, como puede testificar todo Meaco, y especialmente el gobernador, á quien podeis dirigiros. Y si todo esto no basta á persuadiros de la voluntad de Taicosama; ¿por qué, señor, nos disteis licencia de habitar en la ermita de San Lázaro, permitiéndonos que por mas de tres meses, ejerciésemos el ministerio apostólico para el consuelo de los fieles de Jesucristo, y curásemos los enfermos pobres de la ciudad? Y entonces obrásteis bien, mal ahora, se te aconseja á espulsarnos. Reflexionad, pues, os ruego, antes de dar efecto á vuestro decreto, que ciertamente nos colmaria el alma de profundo dolor. Al menos, mientras no seais mejor informado de Guenifoin, gobernador de Meaco, permitid que vivamos pacíficamente en nuestra pobre ermita.

Este hermoso y valiente discurso de Pedro Bautista, no fué enteramente estéril, porque aunque Terasaba se mantuvo firme en lanzar á los franciscanos de la casa de San Lázaro, con todo, les dió permiso de habitar en otra parte, entretanto se informase bien del negocio por medio del gobernador de Meaco. Por lo cual San Pedro Bautista, aunque con el corazon traspasado de dolor abandonó la ermita, y junto con el P. Gerónimo de Jesus se pasó á vivir á la casa de un anciano y fervoroso cristiano japon, que les prestó toda clase de socorros, así como á todos los demas fieles especialmente portugueses; los cuales adquirida con su

propio dinero la misma casa, y dándola á los franciscanos, fué en el acto reducida como un convento, levantándose tambien un pequeño oratorio para celebrar la misa y reunir en él á los cristianos. Y fué un espectáculo muy conmovedor, ver concurrir desde luego de todas partes á la nueva casa de los frailes menores, cristianos y enfermos; estos, para ser curados y asistidos en sus males, y aquellos á recibir el pasto de la palabra divina que allí se les predicaba. Inútil es decir si los franciscanos tributasen gracias al Señor, remitiendo su causa en sus manos, al mismo tiempo que los mas notables entre los portugueses cristianos trabajaban con el gobernador para hacerle derogar su anterior decreto. Y acaso Terasaba los habria contentado, á no ser por la ira de los bonzos, que siempre mas irritados contra los franciscanos, fueron de nuevo á amenazarlo que mas fuertemente lo acusarian ante el emperador, si en el acto no arrojaba fuera de Nagasachi á los doctores cristianos; con lo que aterrorizado el gobernador dió órden á los padres para que dentro de pocos dias abandonasen la nueva casa. Universal fué el llanto de los cristianos á esa otra repentina intimacion de Terasaba. Sin embargo, ni aun esta vez faltó el valor á San Pedro Bautista; antes bien, mirando á su amado compañero Gerónimo de Jesus, derramar amargas lágrimas en el oratorio delante de la imágen de un crucifijo, como presagiando el porvenir, lo animó con estas palabras: "Hermano, vaya fuera el dolor y consolaos; porque yo sé de cierto que Dios ha reservado este lugar á nuestra Orden; por ahora debemos resignarnos en su divina voluntad, y abandonar á Nagasachi; pero dentro de poco vereis de qué modo la Providencia dispondrá las cosas en esta ciudad, en gloria de la perseguida Iglesia de Jesucristo, y ventaja espiritual de sus desconsolados hijos."

Mientras todo esto pasaba á los pobres franciscanos, llegó improvisamente de Manila á Nagasachi el venerable fray Juan Pobre, distinto del otro que en 1582 habian entrado el primero de todos los menores en el Japon. Era natural de Zamora, de jóven habia militado bajo las banderas españolas y tomado parte en la guerra de Flandes, durante la cual se adquirió el nombre de muy valiente soldado. Pero abandonando al fin la milicia terrena, pensó alistarse en la de la iglesia, como lo hizo en efecto, profesando la regla franciscana entre los menores obsevantes de la misma provincia de Flandes; en la que permaneció algunos años hasta

que el furor de los herejes volvió á desolar nuevamente aquellas infelices regiones. Entonces fray Juan con la licencia del Padre Francisco de Tolosa, ministro general de toda la órden franciscana, se unió al célebre misionero P. Pedro Ortiz, y se hizo con él á la vela á las islas Filipinas donde llego en 1594. Enviado á Manila y reconocido por hombre diestrísimo en el manejo de negocios de grande importancia; aunque lego, fue despachado al Japon con el oficio de visitador de aquella mision en lugar del comisàrio apostólico P. fray Luis Maldonado. Indecible fue el contento de San Pedro Bautista y del venerable Gerónimo de Jesus en el inesperado arribo de este su amado hermano, que en aquellos momentos tan angustiados, aparecia como ángel consolador para confortar á sus ciervos. Mas en esto llegó á noticia del santo comisario, que Terasaba se disponia á partir á Meaco; y como ademas de su santidad era tambien de espíritu muy previsor desde luego vió el daño que resultaria á la mision seráfica si el medroso gobernador de Nagasachi arribase solo á la capital del imperio; y por lo mismo de conformidad con sus hermanos, se decidió adelantarlo en su dilatado viage.

Y en efecto, al comenzar la primavera del año de 1595, Pedro Bautista, en compañia del P. Gerónimo de Jesus y fray Juan Pobre, en medio del llanto de todos los cristianos, especialmente portugueses y los gritos de dolor de todos los pobres y enfermos que habian encontrado auxilios y asistencia en su casa, se hizo á la vela del puerto de Nagasachi, y confiado en Dios se dirigió á Meaco á donde habiendo llegado despues de no pocos trabajos y peligros, así en el mar como en la tierra, sin la menor demora fué á verse con el gobernador Guenifoin, hombre muy amante de los franciscanos, instruyéndolo de la próxima llegada de Terasaba y dándole noticia de cuanto le hubiera pasado en Nagasachi; despues de lo cual, confortado Pedro Bautista por las palabras de Guenifoin, retornó á su convento á los brazos de sus amados hijos. No tardó mucho en llegar á Meaco Terasaba, y Dios quiso que antes que con otros se abogase con el gobernador, el cual entrando en conversasion sobre los franciscanos, le aseguró, que la cosa habia pasado conforme á lo que en Nagasachi le habian informado á quienes Taicosama habia dado licencia no solo de habitar en cualquiera parte del Japon, sino de ejercer allí los oficios de su religion, como de ello daba testimonio todo lo que habia pasado sobre el

particular en Meaco. Que por lo mismo les diese facultad de fundar casa en Nagasachi, sin necesidad de recurrir al emperador que mas bien se molestaria con aquellas dificultades, debiendo por una parte defender la religion del Japon; y mantener por otra, las promesas solemnemente juradas á los frailes de Luzon de dejarlos libres en sus tierras, como el hecho de Meaco bien lo demostraba. Convencido pues Terasaba de las palabras del gobernador Guenifoin, que era el hombre mas poderoso de la corte de Taicosama, concedió sin mas á los franciscanos el poder regresar á Nagasachi y levantar alli iglesia y convento de su órden. Alegre por tal victoria el santo comisario Pedro Bautista, dió gracias al Señor en compañia de sus hijos, y por segunda vez mando á Nagasachi al venerable Geronimo de Jesus, acompañado de fray Juan Pobre, que concluida la visita á los religiosos de Meaco, habia vuelto á Manila. Pero entre tanto que estos dos intrepidos apostóles de la fé hacen su viaje, ocupemonos en referir brevemente la vida de otros dos mártires de Jesucristo, se habian unido á los misioneros franciscanos en el convento de Meaco, durante la permanencia de Pedro Bautista en la ciudad de Nagasachi. Fueron estos Santo Tomás Ydanqui y San Cosme Taquín.

Y comenzando por el primero, fué natural de Meaco y mercader de profesion educado en la idolatria, y bautizado en edad adulta por los misioneros de la compañia de Jesus, no dió muestras de haber mejorado su vida con la nueva religion, ó muy pronto volvió á sus antiguas y malas costumbres, porque segun la historia, á la llegada de los franciscanos á Meaco, su casa mas que de cristianos parecia morada y cueva de ladrones. Su muger y sus hijos todavia eran idolatras. La aparicion de los apostóles minoritas en medio de su patria, asi como valió á tantos la salud eterna, no pudo menos de conmover fuertemente el alma de Tomás. En efecto, haciendose amigo del Santo Leon Garazuma, y movido de los ejemplos admirables de los misioneros, hizo abrazar la religion á su muger é hijos, comenzando á vivir una vida enteramente nueva y perfectamente cristiana. Entrando, en fin á la tercera órden franciscana, y pasando á ejemplo de Leon habitar cerca del convento, se dedicó en un todo al servicio de Dios en la asistencia de los enfermos y otros ejercicios de caridad.

Cuando la Providencia destina á un hombre á grandes cosas, son admirables las trasformaciones que obra en su alma la divina gracia. Y es-

to pasó puntualmente á Tomás despues de su conversion. Era de tan fiero aspecto y corazon tan duro y perverso, que se le miraba como el terror de todos así gentiles como cristianos. Pero apenas se reconcilió con Dios y se hubo vestido del pobre hábito de la penitencia, volvióse su alma manza y piadosa, su corazon flecsible y dócil, y su rostro dulce y afable. Todos atribuyeron á milagro de Dios tan repentina mudanza; y fuelo así verdaderamente. Por que Tomás, recordando su mala vida pasada, distribuyó inmediatamente gran parte de sus bienes á los pobres, y haciéndose de todos, se hizo una ley de derramar sobre los necesitados. siempre y en todas ocasiones los tesoros del amor y de la beneficencia Dominado sin embargo de aquella caridad, que aunque debe estenderse á todos, requiere no obstante ser bien ordenada, Tomás procuró primera mente la salvacion de su familia, ordenando á su muger é hijos ser honrados en vender y comprar, sin aprovecharse nunca de la sencillez y miseria agena, amar siempre al prójimo, por el solo fin de agradar á Dios, padre de todos, no defraudar jamas sus derechos, sino defenderlos y de todos modos auxiliarlos. Les enseño á amar á Dios como primero y último fin del hombre, temerlo eficazmente en esta vida para no incurrir en sus justosy tremendos castigos: preparados á los malos en la otra, y perdonar de buena voluntad cualquiera ofensa, para que de la misma suerte les perdonase el Señor sus pecados.

Santificada la propia familia mediante tan santos consejos, enseñado primeramente por el santo Fr. Gonzalo Garcia, á quien trataba con la mayor familiaridad, dedicóse Tomas á instruir el mismo á los hijos de los gentiles en las verdades de la religion católica, empleando en tal oficio todas las horas que le dejaba libres la asistencia de los enfermos en los hospitales. Afectísimo á los franciscanos, los ayudó en cuanto necesitaban, no solo en el oficio de catequista, sino tambien de interprete, acompañándolos siempre en todas sus espediciones apostólicas por diversas partes de la basta isla de Nifon. De esta manera, dandose el mismo á predicar el Evangelio en union de otros terceros de su patria, atrajo á no pocos gentiles á la fé católica, por la que debia últimamente derramar su propia sangre. Pasemos ahora al santo mártir Cosme Taquia; diverso del otro apellidado Yoya, que redujo á la religion de Cristo á Leon Garazuma.

Nació pues San Cosme de nobilísima familia de la la provincia de Ovaris. Pero habiendo caido en pobreza sus padres, el joven Taquia se vió obligado para buscar la vida á dedicarse al oficio de ballestero, arte entonces muy acreditada en el Japon; en la que en poco tiempo adquirió grande crédito. No nos dice la historia cuando y como se convirtiera á la fé católica. Lo cierto es que á la llegada do los franciscanos á Meaco, Cosme ya vivia en esa ciudad con su muger y varios hijos con fama de perfecto cristiano. Llegado el tiempo de la fundacion de la iglesia y convento de los frailes menores, á ejemplo y por las insinuaciones del santo mártir Leon Garazuma, de quien era tiernísimo amigo, se prestó á ayudar á la obra, quedando tan aficionado á la vida apostólica de los franciscanos, llegando desde aquel dia á ser uno de los mas insignes colaboradores de los mismos en la viña del Señor. Establecidos los hospitales, Cosme unido á Leon, se dedicó enteramente al cuidado de los enfermos, no dejando aunque pobre, de socorrerlos hasta con largas limosnas. Cristiano fervoroso como el que mas, no hubo ejercicio piadoso que no tomase parte, visitando continuamente la iglesia frecuentando los sacramentos y asistiendo siempre á oir la divina palabra. Las virtudes le fueron amadas; pero mas especialmente se hizo admirar en el oficio de catequista, enseñandole á niños gentiles las verdades de la religion de Cristo de la que tenia un pro fundo conocimiento. Así es que para entregarse con mas empeño á tan noble y santa ocupacion, se pasó con su familia á vivir á una casa inmediata á la Iglesia de los menores, y haciendose despues tercero é imitador ardiente del amor del Serafin Francisco, le hizo donacion de su hijo Macsimo, niño de diez años, para que sirviese de catequista en la escuela que en beneficio de los jovencitos idólatras, se habia establecido dentro del convento. Y esta fué la mas preciosa ofrenda que Cosme podia hacer al Señor. Por quien su hijo llegó á ser verdaderamente macsimo en la fé, macsimo en la inocencia, y macsimo en fin en sufrir valerosamente la muerte por amor de Jesucristo; aunque esto no fuese como veremos en el discurso de esta historia, del mismo modo con que murió su glorioso y santo padre.

Despues de tan heróico sacrificio, que solo bastaria para honrar toda la vida de un cristiano, dominado Cosme de un celo mas fuerte por honor de Dios y salvacion de aquel pueblo ídolatra, se dedicó á predicar la fé del Nazareno aun fuera de Meaco, entrando no pocas veces en cues-

tiones con los bonzos, que á su pesar aceptaban, aunque siempre publicamente quedasen confusos y avergonzados. Muchos fueron los gentiles que introdujo en el rebaño de Jesucristo, de los cuales haremos solamente mencion de dos, para concluir por ahora la vida de este héroe intrepido del Evangelio.

Volviendo un dia el Santo de un viaje á la ciudad de Meaco, se encontró en el camino con dos viejos gentiles, marido y mujer, que regresaban igualmente de una devota peregrinacion á un templo pagano. Ambos venian cubiertos de piés, á cabeza de falsas reliquias, que les vendieran á gran precio los bonzos y cantando segun su usanza plegarias á sus dioses. Aunque eran pobres, y tan abanzados en edad que contaban ochenta años ó muy cerca de ellos, parecian sin embargo, las mas felices y alegres personas de la tierra, de lo que maravillado el Santo Tercero, les preguntó por el motivo de aquel sumo contento que manifestaban. A lo cual sonriendo le respondieron de esta manera: "Por toda nuestra vida nos hemos fatigado para ganar la eterna salvacion; y cuando gracias á los dioses del Japon y la caridad de los bonzos acabamos de conseguirla ¿cómo quereis que no estemos alegres?" Mostraron en seguida un papel con ciertas figuras de ídolos pintados, y añadieron: "Esto á venido del cielo, y á ninguno le conceden los bonzos, sin pagar antes una gran suma de dinero; pero felices aquellos que como nosotros han podido adquirir su posecion; porque debe saber, que cualquiera que muere con esta prenda, por malvado que sea y aunque haya cometido todos los pecados del mundo, directamente se va al cielo, y despues de algun tiempo se convierte su alma en un Kamís en beneficio de los pueblos. Y mirad puntualmente la razon de nuestra gran alegria."

Entonces San Cosme movido á compasion de la ceguedad y miserable estado de aquellos viejos, parándolos enmedio del camino y levantada la mano á lo alto, les respondió de una manera franca y resuelta: Y yo tambien os juro en el nomdre del verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, que estais en el mayor error, y que apesar de ese papel y las seguridades de los pérfidos bonzos ireís en derechura al infierno." Conmovidos al escuchar nuestros dos gentiles, le preguntaron la razon de aquellas palabras y nuestro Cosme supo tambien demostrarles el engaño en que vi-

vian por la astucia de los bonzos, la falcedad de secta y la verdad de la religion cristiana que aquellos no miserables sino afortunadicimos viejos, iluminados de Dios, se arrojaron á sus piés, rogándole bañados en lágrimas que allí mismo los bautizase. A lo que Cosme contestó: "Primero llegad á Meaco y dirijios al convento de los franciscanos, que instruyendos mejor en la religion de Cristo os bautizarán. Y hecho esto, no volvais mas á vivir con los jentiles; sino permaneced en la casa levantada á beneficio de los pobres, donde por la piedad de esos religiosos y de otros cristianos sereis socorridos en todas vuestras necesidades." Y dándoles en seguida una limosna, se despidio de ellos.

Cumplieron puntualmente los viejos cuanto San Cosme les habia aconsejado. Presentáronse en el hostital del convento franciscano, y admitidos allí y bautizados, pocos dias despues con suma alegria de los religiosos y demas cristianos, murieron con la serenidad de los hijos de la Iglesia católica.

CAPITULO XI.

Nuevos Conventos Franciscanos en Nagasachi y Osaca

HEMOS referido en el capítulo anterior, que el Santo comisario Pedro Bautista, conseguida la licencia del Gobernador Terazaba de poder morar libremente en Nagasachi y levantar allí convento, mandó nuevamente á aquella ciudad al V. P. Gerónimo de Jesu- y á Fr. Juan de Zamora. Volviendo pues, á estos dos intrepidos apóstoles franciscanos, es de saber, que habiendo llegado despues de un largo y penosísimo viaje, al principio de la primavera de 1595, fueron recibidos con tales muestras de alegria de todos aquellos fieles de Jesucristo, que no es fácil esplicar. Bastará decir, que apenas sabida esa licencia, todos en general, pobres y ricos, y especialmente los portugueses, compitieron en ayudar á Gerónimo de Jesus en aquella empresa, no solo con largas limosnas, sino tambien con su trabajo personal. Así es que en poco tiempo á despecho de los bonzos y demas enemigos de los misioneros francisca-